

JULIO RICCI. *El grongo*. Montevideo: Ediciones Géminis, 1976.

Entre los libros de ficción publicados en los últimos años en un Uruguay de escasa actividad editorial, es digno de destacar *El grongo*, de Julio Ricci, volumen que confirma los aciertos de su primera colección de cuentos, *Los maniáticos*, de 1970. Con los cuentos de *El grongo* recibió en su país el Primer Premio Municipal de Narrativa por el bienio 1976-1977. Más conocido por su labor docente como lingüista y filólogo, Ricci viene desarrollando en forma paralela una labor creadora de excelencias destacables. No se trata de una «nueva» voz de la narrativa uruguaya, sino de un escritor que cronológicamente pertenece a la llamada «generación de la crítica» (Rama) o del 45 (Rodríguez Monegal) y que se incorpora tardíamente a la narrativa de su país.

*El grongo* reúne diez cuentos independientes sujetos a un acontecimiento único, distinto siempre, pero animados por un móvil unificador: la frustración del hombre medio, acosado por la soledad y la impotencia frente a una existencia gris. Los cuentos de Ricci se desenvuelven dentro de un marco neorrealista, narrados en un lenguaje conversacional que abre un mundo de aparente sencillez. No es una literatura marcada por una preocupación experimental; la narración lineal avanza sin prisa, acumulando datos informativos con fidelidad realista, sin proponer múltiples lecturas, sino una *imago mundi* específica: una interioridad frustrada y el temor de expresarse.

La escritura de Ricci pretende llevarnos ordenadamente al centro de un mundo cotidiano que pronto se abre a formas del absurdo, del humor negro, a una distorsión de lo habitual en una suerte de expresionismo situacional. Ricci nos encierra en la rutinaria y anodina vida de «montevideanos», en un espacio reconocible y totalmente normal, donde, sin embargo, el absurdo reina como modo de vida y todo acto termina siendo una caricatura de sí mismo. La rutinaria existencia deviene simbólica del sinsentido de un vivir en doblez y sin ilusiones, y cada cuento es una manifestación distinta de una semejante visión del mundo.

Todo aparece visto con irónico distanciamiento. En el primer cuento, uno de los mejores, «Los domingos no los paso más en casa de mi señora», la candidez e ingenuidad del relato en primera persona hace aún más patética y conmovedora la figura del marido desplazado por su mejor amigo, quien termina relacionado sexualmente con la hija de aquél. Como un espectador de sí mismo, el marido sobrevive en el autoengaño y acepta subyugado la desolada y perversa situación. En otros cuentos también se sobrevive en la mentira, única forma de autojustificación en un mundo abyecto («El laburo», «El profesor», «La cola»), o en la búsqueda de una ilusión o un estímulo perdido o inalcanzable («Juancito», «El Shoijet»). En todos ellos las palabras esconden una inexpressable frustración, encubren un estado subterráneo en el cual se encierra lo que en verdad importa y se teme: los deseos reprimidos y una honda sensación de vida sin horizontes. Algunos personajes, los fieles de «La cola», cifran «grandes» esperanzas para el futuro. Están en la cola para hacer algún trámite administrativo que ya han olvidado y que nunca llega a su fin. Entablan todo tipo de relaciones, hasta que la cola se convierte en un modo de vida: «Las autoridades estaban orgullosas de la cola, que era la base de la nacionalidad y un ejemplo del orden ciudadano» (p. 44). Todos esperan una transformación imposible, y la certeza de que ningún cambio ocurrirá hace aún más corrosiva la imagen de un modo de vivir que destruye las íntimas ilusiones del ser. Sobreviven alegres de vegetar y de vivir sin pensar. «El

grongo» —fantasma o antipersonaje de «La cola», que da nombre al libro y nunca aparece— es un símbolo portador de una esperanza de redención social de seres marginados, la corporización de deseos eternamente postergados. La ironía corrosiva contra las instituciones llega a extremos notables (y desagradables) en «Los coleccionistas de escupidas», un alegato en contra de las sectas del mundo. Las sociedades forman una extensa trama de fraternidades, asociaciones o clubs cuyos individuos se unen para beneficiarse y crear un mundo mejor. En el cuento, la «Asociación de Protección a la Escupida», institución muy loable, como tantas otras, se funda para coadyuvar al mejoramiento del hombre y de la sociedad. Después de una detallada descripción de la función y del crecimiento del «movimiento escupidista», asistimos a la gradual e inevitable degradación de principios y proyectos en un cuento donde el grotesco reina delirante.

En los cuentos de *El grongo* se destaca otro aspecto: el manejo contrapuntístico de dos lenguajes: el culto y el popular (y a veces lunfardesco). Ricci aprovecha la riqueza de la expresión popular sin dejarse llevar por lo pintoresco y estéril, capta la fuerza de expresividad de giros verbales coloquiales, vitalidad y frescura de la cual carece el lenguaje formal. Tal vez sea «La cola» el mejor ejemplo de la espontánea fluidez de su prosa.

Los cuentos de Ricci dan un nuevo sentido al horror de la cotidianeidad y a las mediocres aspiraciones de la pequeña burguesía montevideana. Sin la ironía fantástica de L. S. Garini ni la fuerza social de Mario Benedetti, hay en los mejores cuentos de Ricci la sensación de desarraigo del hombre en el mundo, la insistente visión de lo cotidiano y habitual como algo extraño y absurdo. Por su temática y su modo de narrar, los relatos de *El grongo* son una continuación —más ambiciosa y literariamente superior— de su primer volumen de cuentos. Es de esperar que próximos libros le lleven hacia nuevos riesgos y que abran nuevas perspectivas en su mundo narrativo.

HUGO J. VERANI

*University of California, Davis.*

DAVID TIPTON (editor). *Perú. The New Poetry*. New York: Red Dust, 1977.

En el ambiente académico de los Estados Unidos se hace mención a menudo a la nueva narrativa latinoamericana. Esta acogida y eco se debe en parte a la difusión que alcanzaron los miembros del llamado «boom». En cualquier librería se pueden encontrar buenas traducciones de Cortázar, García Márquez o Carlos Fuentes. Sin embargo, este fenómeno no se repite en el campo de la poesía; no se trata solamente de la resistencia que ofrece la materia poética para ser traducida, sino de la poca atención que ésta ha recibido en general.

Afortunadamente, para la poesía peruana y para los lectores americanos, David Tipton, conocido nuestro por sus impecables traducciones en revistas como *Haravee*, *London Magazine* y *Ambit*, ha publicado una antología que reúne quince de nuestros mejores poetas. Como toda antología, ésta también tiene sus limitaciones; nos hubiera gustado encontrar una muestra de esa poesía insular representada por César Moro, Westphalen, Oquendo de Amat, entre otros. Sin embargo, los poetas escogidos logran darnos una visión de conjunto de esa etapa que Alberto Escobar denomina de «fundación» y que se prolonga hasta los años sesenta, cuando se abre otra que se prolonga hasta nuestros días con la obra de Antonio Cisneros, Rodolfo